



Insigne y Nacional Basílica de Santa María de Guadalupe

[www.virgendeguadalupe.org.mx](http://www.virgendeguadalupe.org.mx)

Homilía pronunciada por el **Eminentísimo Cardenal Norberto Rivera Carrera**, Arzobispo Primado Emérito de México, en la solemnidad de **La Epifanía del Señor**.

6 de enero de 2019

Ante todo quiero agradecer a Monseñor Salvador y a todos ustedes que me permiten concelebrar esta Eucaristía, aquí, ante Santa María de Guadalupe que es una continua Epifanía.

La narración de la Epifanía que acabamos de escuchar no sólo es bellísima, sino de una profundidad y solidez teológicas impresionantes. Se trata de una de las primeras relecturas de la figura y misión de Jesús, a la luz de la Pascua, redactada con un rico aparato simbólico y bíblico, propio de la primitiva teología cristiana. Nosotros, valorando el extraordinario género literario, tenemos que centrar nuestra atención en el contenido del anuncio, en la Buena Nueva que nos trae. Es la Epifanía del Señor, es la historia de la Manifestación de Dios a todos los pueblos. También a nosotros que no éramos pueblo.

Manifestación que se realiza por el cosmos, por la naturaleza, por la razón, así lo manifiesta la aparición de la Estrella. Manifestación que es sobrenatural y gratuita, como lo revela toda la Historia de Salvación contenida en las Escrituras y que se expresa ahora por unos personajes, entre miles, que supieron leer los signos de los tiempos, pues no sólo perciben el llamado de Dios en la estrella, sino que descubren al mismo Dios en la frágil figura de un niño. La Epifanía es la historia de una búsqueda que supone peregrinación y momentos de oscuridad. La Epifanía es la explosión de la alegría que necesariamente se contagia: "Al ver de nuevo la estrella, se llenaron de inmensa alegría".

Epifanía es la actualización del acontecimiento medular de la historia: la aparición corporal de Jesús a los hombres, a todos los hombres. En Jesús podemos contemplar ese grande amor que Dios nos tiene. Podemos contemplar el amor del Padre que nos ama: "Ha aparecido la benignidad y el amor de Dios a los hombres", exclama San Pablo, hablando de Jesús. "Él es la impronta del ser de Dios, la Huella exacta de su esencia, la imagen acabada, el Vaciado perfecto, el Video del Padre: "Felipe, el que me ve a mí, ve al Padre". Por esto, desde un Jesús bondad y amor personificados, debemos desechar la caricatura de un Dios temible y aceptar el retrato de un Dios infinitamente amable y cariñoso para con nosotros. "A Dios nadie lo ha visto jamás, pero el Hijo que está en su seno nos lo ha revelado" así: bueno y amador del hombre. Por eso nosotros nos llenamos de alegría también.

Jesús se nos manifiesta en la Epifanía como Dios y Hombre verdadero. Los Reyes le prestan una adoración sólo exclusiva de Dios, aunque le ven niño. Cuando afirmamos la divinidad verdadera de Jesús y su auténtica humanidad,

debemos dar un paso importante y es que la forma como Jesús manifiesta ser Dios es la de su realización humana. Viendo al Jesús histórico con toda razón podemos decir: he aquí al hombre "Ecce Homo": he aquí al hombre ideal querido por Dios desde el principio, el nuevo Adán. Pero también, viendo a ese niño de Belén y al hombre de Nazaret, debemos decir: he aquí a Dios entre nosotros, "Ecce Deus": he aquí al Dios verdadero. Un Jesús que se manifiesta en las acciones humanas de curar, alimentar, consolar, servir, perdonar, comprender; en una palabra: amar sin medida. ¡Qué lejos esta realidad del Dios-Jesús de una divinidad grandilocuente y poderosa, distante y ajena a las preocupaciones humanas como a veces lo imaginamos.

En este contexto de la Epifanía del Señor, Dios y Hombre, mucho nos puede ayudar este pensamiento: "Europa, que no constituía una unidad definida desde el punto de vista geográfico, solo con la aceptación de la fe cristiana llegó a ser un continente que a lo largo de los siglos logró difundir sus valores en casi todas las demás partes de la tierra, para el bien de la humanidad.

Al mismo tiempo, no se puede dejar de constatar que las ideologías que causaron ríos de lágrimas y de sangre en el siglo XX surgieron en una Europa que quiso olvidar sus fundamentos cristianos... No se debe olvidar que la negación de Dios y de sus mandamientos fue la que creó, en el siglo pasado, la tiranía de los ídolos, que se manifestó en la glorificación de una raza, de una clase, del Estado, de la nación y del partido, en lugar del Dios vivo y verdadero. Precisamente a la luz de las desventuras del siglo XX se comprende cómo los derechos de Dios y del hombre se afirman y se niegan al mismo tiempo". Cuando expulsamos a Dios de nuestras realidades humanas, perdemos el rumbo, nos deshumanizamos y se deshacen los valores que hacen posible la convivencia ciudadana. Cuanto sufrimiento tiene México por esta realidad que está viviendo. Quiere olvidarse de su Dios, quiere olvidarse de esa manifestación especial que recibimos de Dios.

La salvación que se proclama en la Epifanía es para todos los pueblos, para todas las culturas, para todas las edades y tiempos. Nadie puede sentirse excluido de este llamado a la fe y a la salvación en Cristo, Epifanía del amor del Padre. Pero la fe no se impone a nadie. Es una invitación, un regalo que Dios nos ofrece y que supone la aceptación libre y generosa de nuestra parte. La meta de la fe es la elección personal de Jesús. Lo esencial de la fe cristiana es la opción por Cristo adorado como Dios y Hombre, al que se le entrega el corazón -lo hemos escuchado-: "Y postrándose en tierra, lo adoraron, y después le ofrecieron sus dones: oro, incienso y mirra". La fe es creer a Jesús y creer en Jesús. Y Jesús ha querido manifestarse de una manera especial a nuestro pueblo, a todos los habitantes de esta tierra. Por eso para todos nosotros es un día de alegría, es un día de acción de gracias porque Dios ha querido manifestarse de una manera especial a través de Santa María de Guadalupe.